

## CAPITULO XXVI.

### RASGOS BIOGRÁFICOS

DEL SEÑOR DÓN MANUEL GÓMEZ PEDRAZA.

A reserva de dar al lector datos mas extensos sobre la biografía de este ilustre mexicano en mi obra histórica, solo me concretaré por ahora, á hacer sobre este particular algunas indicaciones generales. Parece fuera de duda, que el lugar de su nacimiento, fué en la ciudad de Querétaro, aunque otras personas aseguran que vió la luz primera en Soto la Marina á fines del siglo pasado. Sus primeros años se deslizaron sin que ocurriese ninguna notable circunstancia, ingresando al cuerpo de milicias coloniales, en edad aun bien temprana.

Dotado de una organizacion robusta y siendo por carácter sereno y muy exacto en el cumplimiento de sus obligaciones, bien pronto se hizo apreciar de sus gefes distinguiéndose entre todos sus compañeros. Combatió vigorosamente al movimiento nacional, marchando á la cabeza del cuerpo "Fieles del Potosí para atacar al general Mórelos. Hecha la Independencia, sostuvo enérgicamente al imperio de Iturbide, siendo ya comandante de la Huasteca y gefe de la plaza de esta capital á la caída del Libertador.

Envuelto el Sr. Pedraza en todas nuestras vicisitudes políticas y ejerciendo una grande influencia en la marcha de la nacion, su nombre figurará siempre en la historia de nuestro país.

Elevado á la presidencia de la República, ejerció el mando supremo desde Diciembre de 1832 á Abril de 1833. No siendo por ahora mi objeto juzgarlo como gobernante, me abstengo sobre este particular de todo comentario.

La pieza oratoria que á continuacion inserto es la única que he podido encontrar del Sr. Pedraza, no obstante de que muchos y muy brillantes discursos pronunció en las cámaras, pero que desgraciadamente no se conservan. Sin embargo, por informes que he recibido de personas que conocieron y escucharon al Sr. Pedraza, puede asegurarse que es uno de los mejores oradores mexicanos. El gobierno, con el objeto de premiar sus servicios, lo nombró al fin de sus años director del Monte de Piedad de esta capital, en cuyo empleo murió el 14 de Mayo de 1851, á los sesenta y dos años de edad.

### ORACION ENCOMIASTICA

QUE EL C. MANUEL GOMEZ PEDRAZA DIJO EL DIA 16 DE SETIEMBRE DE 1842, ANIVERSARIO DE LA GLORIOSA PROCLAMACION DE LA INDEPENDENCIA EL AÑO DE 1810.

*Qui ne se sentirait vivement entraîné vers la gloire lorsqu'il aperçoit les images de ces hommes que leurs vertus ont rendus à jamais célèbres, lorsque ces images paraissent à ces regards comme vivantes, comme respirantes? ¿Estil au monde un plus beau spectacle?*

POLYB. HIST. LIB. VI.

Los acontecimientos que hacen mudar de faz á las naciones, merecen recuerdos perdurables. El del glorioso 16 de

Setiembre de 1810, entre nosotros, pertenece á esa categoría; y al celebrarlo no hacemos otra cosa que imitar el ejemplo de todos los pueblos de la tierra: los mexicanos en aquel día memorable, á la voz de un hombre resuelto y esforzado, despertaron de un profundo letargo; tal como en el último día de los tiempos, las generaciones todas al llamamiento de un arcángel despertarán del sueño de la muerte.

¿Qué asunto mas grandioso, señores, podría ocupar hoy vuestra atención? Ninguno ciertamente; y si la importancia del argumento demandaba otro panegirista, no me culpeis al verme en este puesto, que no he solicitado: la junta patriótica me nombró para pronunciar la oración encomiástica propia de esta solemnidad, y yo debí aceptar; porque sería mengua en un mexicano excusarse de contribuir á propagar las merecidas glorias de los patriarcas de nuestra independencia. Voy pues á cumplir con el deber que se me ha impuesto, invocando antes vuestra indulgencia.

La abundancia de productos marítimos de que por todas partes está sembrada la tierra, indica que nuestro planeta estuvo alguna vez cubierto por el oceano. Las aguas al evaporarse, al formar otras sustancias, ó al retirarse de las alturas, naturalmente dejaron descubiertos los puntos prominentes del globo. Las cumbres de las cordilleras y sus recuestos, las cimbras de las montañas elevadas y sus laderas, fueron los primeros terrenos que recibiendo las influencias atmosféricas quedaron aptos para la vegetación y la vida.

La estructura geológica de nuestro continente, ofrece en su parte central llanadas inmensas, casi de tanta elevación sobre el nivel de la mar, como los mas altos picos de la Europa meridional: parece, pues, fuera de duda que una grande porción de la América fué habitable mucho antes que la Europa entera, y que la mayor parte de la Africa.

Admitida esta hipótesis, no será absurdo creer que allá en tiempos remotos existieran en nuestro hemisferio algunos pueblos primitivos. Tal vez antes que del Asia se desprendieran las hordas que poblaron estas regiones, alguna colonia egipciaca, cartaginense ó fenicia, fijó su residencia en nuestras costas del Atlántico, como lo hacen presumir las

gigantescas construcciones del Palenque, muy análogas á las colosales ruinas de Balbek.

Sea de esto lo que fuere, inútil y ageno de mi propósito sería entretenerme en formar vanas conjeturas: ni tenemos, ni podemos tener una historia de la América antes del siglo XVI; lo poco que hay escrito sobre esta parte del mundo está envuelto en oscuridad inescrutable: no así despues de la conquista; de entonces acá la historia es clara y positiva, y por ella sabemos que engolosinadas algunas naciones europeas con las riquezas del nuevo mundo, enviaron parte de su población á estos climas afortunados: esas gentes, con otras oriundas de la Africa, establecieron en distintos puntos pequeñas colonias, que reforzadas cada día por una emigración permanente, formaron al cabo numerosas congregaciones que á paso rápido se avanzaron hácia el estado varonil y fuerte de las sociedades organizadas.

México, envidiable por la fecundidad de su suelo, por la pureza de su cielo, por la diversidad de sus temperaturas, por la riqueza de sus montañas, y por su ventajosa situación sobre los dos oceanos, debió ser la cuna de una colonia rica y floreciente, que con el transcurso del tiempo y con la multiplicidad de sus elementos adquiriera el vigor y la fuerza necesarios para emanciparse del dominio de la metrópoli: así sucedió; y á los trescientos años de existencia precaria, los mexicanos se presentaron en la arena á sostener sus incontestables derechos para figurar en el mundo político como nación independiente y soberana.

Nada mas justo que semejante pretension; pero como los grandes intereses de las naciones rara vez ó nunca se avienen conforme á las reglas de la justicia, fácil era preveer que el logro de la empresa costaría una guerra cruel y sangrienta, guerra de desolación y de exterminio, como lo son todas aquellas en que se agitan las pasiones mas irritables.

Lejos de mí el bastardo pensamiento de hacer mérito de los horrores de la conquista para apoyar en ellos la justicia de la independencia: los títulos de los mexicanos á la emancipación no necesitan fundarse en recuerdos históricos, pues que nacen de la naturaleza, cuyas leyes son inmutables. Los

excesos cometidos en la América en el siglo XVI, añadieron una horrible página á la historia luctuosa de las conquistas; pero en buena crítica, tales excesos deben considerarse como un rasgo fisonómico de la raza humana, mas bien que como prueba de crueldad especial y característica de nuestros antepasados; y aunque es cierto que los procedimientos de los invasores del trono de Moctezuma fueron atroces, tales han sido á poco mas ó menos los de todo conquistador. Cyro, Alejandro y Atila no fueron mas benignos que Géngis, Tamerlan y Hernan Cortés.

Tampoco me ocuparé de bosquejar en este dia de norabuena, las escenas de inhumanidad que por espacio de once años mancharon nuestro suelo; y menos aspiraré á formar el odioso paralelo entre las cruentas represalias de los dos partidos beligerantes. La experiencia y la filosofía me han enseñado á calificar los hechos de los hombres con cordura é imparcialidad. Los atentados de nuestra revolucion ni son nuevos en la historia, ni peculiares de determinado pueblo: la criminalidad de tales actos pertenece á la especie; y al moralista, no al orador, toca escudriñar los escondrijos del corazón del hombre para poder formar su historia.

Por una fatalidad inseparable de nuestra naturaleza, los buenos sentimientos hacen cometer con frecuencia acciones malas: las revueltas políticas manifiestan particularmente esta triste verdad: en ellas los medios de ejecución amanejar los designios mas nobles. Toda insurreccion se contamina de errores, que al fin se confunden, se pierden y desaparecen entre el inmenso conjunto de los acontecimientos políticos. Nuestros primeros patriotas, avasallados por aquella fatalidad, cayeron en faltas inevitables; pero otros hechos suyos fueron de tal condicion, que aun sin el prestigio del triunfo bastarian á inmortalizar sus nombres; porque el carácter de las grandes acciones debe tomarse de los motivos que las determinan, y no de los accidentes, ó del buen ó mal éxito de las empresas. Si España hubiera sucumbido en la guerra contra Napoleon, la fama de esa nacion heroica pasaria sin embargo gloriosa á la posteridad; así como se trasmirá con

elogio la esforzada, aunque inútil resistencia de los desventurados polacos, contra la tiranía de sus dominadores.

Sin meditacion y sin estudio me encuentro en una posición feliz. Al comenzar este discurso me abrumaba la dificultad de llenar debidamente mi intento, y en este instante lo juzgo de fácil desempeño: sí, señores; mi fin era probaros que los hombres que acaudillaron el movimiento de insurreccion en Setiembre de 1810, y los que lo sostuvieron hasta Setiembre de 1821, fueron grandes y heroicos; y ese designio es ya tan obvio, que cada uno de vosotros allá dentro de sí puede medir los esfuerzos y los merecimientos de aquellos esclarecidos patriotas por el tamaño de la empresa. ¿Quién de entre los que me oyen ignora cuáles eran el poder y la fuerza del régimen vireinal? ¿Quién desconoce los abundantes recursos de una administracion de tres siglos, apoyada en las habitudes de la educacion, sostenida por las ilusiones del respeto y rodeada de todos los prestigios?

Estas fundadas reflexiones debieron ocurrir, é inspirar desalientos á los fuertes varones que intentaban derribar al gobierno de los vireyes, y sustituirlo con otro nacional, y sin embargo, las dificultades no los arredran, los peligros no los asustan, á todo se aventuran, á todo se resignan; y sin vacilar se colocan entre la victoria y el patíbulo. Si Roma tuvo sus Curcios celebrados, que por un fanatismo religioso le sacrificaron su existencia, México puede gloriarse de haber producido ilustres ciudadanos, que sin mas preocupacion que el ardiente amor por la libertad, se entregaron á una muerte indefectible; pero la de los héroes, inmolados en las revoluciones, jamas es un suceso estéril: ella deja tras de sí el germen fecundo de innumerables simpatías: la sangre de un patriota derramada por el verdugo sobre el cadalso que erige la política, es un nuevo estandarte que se levanta, y que reúne á su derredor á todo hombre que tiene honor, que ama á su patria, y que posee un corazón bien formado.

MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA, párroco del pueblo de Los Dolores, y hombre dotado de una de aquellas vigorosas inteligencias que trastornan los imperios, fué de los pri-

meros que concibieron el vasto designio de redimir á su patria de la servidumbre colonial: para realizar ese atrevido pensamiento, resultado de meditaciones profundas, convenia esperar alguna oportunidad propicia, y saber aprovecharla, porque los grandes acontecimientos políticos no derivan exclusivamente de los acuerdos fortuitos de los individuos, sino tambien del necesario encadenamiento de las cosas: así fué que Hidalgo aguardó cuerdamente la ocasion favorable, y ésta la proporcionó el natural desconocimiento en que cayó España despues de la invasion de las tropas francesas. Entregada la Península á una anarquía desecha, parecia llegado el momento de utilizar la coyuntura; mas para dar ese paso, la prudencia aconsejaba preparar de antemano las correspondencias de una amplia combinacion: pero ántes de que el plan estuviera sazonado, se divulgó el secreto, que nunca pudiera estar guardado entre el crecido número de personas que por precision debian saberlo. Este lance crítico manifestó lo que valia el héroe de Los Dolores. A las once de la noche del 15 de Setiembre de 1810, supo aquel caudillo que la conspiracion estaba descubierta; y sin detenerse, como Jérges al frente del Helesponto; sin titubear como el conquistador de las Gaulas al pasar el Rubicon, en la misma hora proclamó la independenciam, y al siguiente dia se lanzó entre los azares y los peligros inherentes á la ejecucion del osado proyecto. ¡Señores! la simple relacion de este suceso, ¿no os presenta sin equívoco la pintura mas cabal y característica de la alma fuerte y resuelta del varon insigne?

Entablada la lucha desde aquel dia memorable, mil y mil valientes se lanzaron por todas partes para conquistar nuestros derechos conculcados: los primeros caudillos á los pocos meses murieron fusilados, pero dejando ya dignos sucesores que defendieran la causa sacrosanta. La guerra entonces, cual incendio voraz, se difundió por toda la estension de nuestro suelo: los poblados y los desiertos, los montes y los llanos se convirtieron en campos de batalla: la alternativa de los sucesos siempre fué desigual: por largos tiempos la muerte y el esterminio fueron la sola recompensa del zelo de los patriotas: sin armas y sin disciplina, razon habia para

que en los encuentros frecuentemente llevaran la peor parte; pero el inclito valor de aquellos hombres decididos, equilibraba todas las desventajas, y su heroica constancia suspendió mas de una vez, el adverso fallo del destino.

José María Morelos, por ejemplo, fué el tipo de ese valor y de esa constancia: sin otros recursos que su génio, se enseñoreó de las costas del Sur, y levantó en poco tiempo un pequeño ejército, que despues de haber triunfado en Tixtla, en la Palizada y en el Veladero, abatió en Cuautla el orgullo del general Calleja, é hizo estremecer al gobierno de México. Morelos, á los cinco años de proesas y de desastres, sufrió los efectos de la emulacion de sus compañeros de armas, quedando prisionero el 5 de Noviembre de 1815, en la malhadada accion de Tescmalaca. Yo fui testigo de la prision de ese hombre extraordinario, y aseguro que nunca ví una alma mas serena en el peligro, ni mas estoica en la desgracia: á la prision muy luego siguió la muerte, y ella fué resignada y gloriosa.

Vicente Guerrero se presenta naturalmente despues del primer caudillo del Sur: ese General heredó la constancia de Morelos; y á merced de las fragosidades de los montañas del sur de México y de Michoacán, permaneció único sostenedor de la independenciam, hasta la declaracion del hombre de Iguala! Entonces Guerrero ejecutó la accion mas bella de su vida, poniendo á disposicion del nuevo Adalid sus recursos, su persona, su honor y su gloria: ¡y ese general ilustre terminó su carrera en un suplicio....! Y á ese suplicio lo condenaron sus mismos compatriotas....! ¡Conciudadanos! olvidaba que no debo en este dia desenvolver delante de vosotros la ensangrentada túnica de César.

En seguida de estos tres Alcides de la independenciam se ofrecen á mi memoria multitud de esforzados campeones que sacrificaron su existencia en las áras de la patria: á mí no me es posible hablar en este corto rato de todos esos hombres hazñosos; la historia les tributará el homenaje que les es debido. Por otra parte, un discurso encomiástico está circunscrito á limites demasiado estrechos para poder contar mil acciones laudables que me son conocidas; otras quedarán en el olvido por falta de testigos que nos las hayan trasmitido; al-

gunas igualmente meritorias serán ignoradas por la oscuridad de las personas que las ejecutaron, y muchas, en fin no se mencionarán, confundidas entre el cúmulo de hazañas propias de los pueblos que pelean por su independencia y por su libertad. México puede sin rubor presentar al juicio de las generaciones venideras, la conducta patriótica de sus hijos predilectos, porque en ella la crítica mas severa, nada encontrará que no sea digno de compararse con los hechos heroicos de los hombres ilustres de Plutarco.

¡Conciudadanos! Al recordar los servicios distinguidos de los patriotas beneméritos cuya memoria honramos hoy, y al ver los retratos de algunos de ellos, forzoso es exclamar con Polibio: *¿Quién al percibir las imágenes de los hombres que por sus virtudes se han hecho célebres para siempre, no se siente vivamente arrastrado hácia la gloria, y mas cuando esas imágenes se le presentan á la vista como dotadas de respiración y de vida? ¿Hay en el mundo espectáculo mas bello?*

Viven aun entre nosotros algunos varones eminentes, restos venerables de los patriarcas de la independencia; yo nada diré de ellos, ya porque mi designio no es encomiar á los vivos, ya porque en mi opinion la alabanza es el escollo de la virtud: si esos personajes concluyeren su carrera sin desmentir sus obras primitivas, la posteridad les hará el elogio que les corresponda. *Suum cuique decus posteritas rependit.*

A los once años de choques sangrientos y de resistencias sobrehumanas, aparecia perdida la noble causa de la independencia; mas no fué así, porque como dice el elocuente Guizot. *En todos los grandes acontecimientos, ¡cuántos esfuerzos desconocidos y desgraciados anteceden al esfuerzo que corona la obra! La Providencia para cumplir sus designios, prodiga el valor, las virtudes, los sacrificios al hombre mismo; y solo despues de un número incógnito de trabajos ignorados ó desconocidos en apariencia; despues que una multitud de corazones generosos han sucumbido en el desaliento, convencidos de que su causa está perdida, es cuando la causa triunfa.* La de México triunfó al fin, y triunfó estando la nación fatigada de la lucha tenaz y expuesta á recibir de nuevo el yugo; la fortuna en aquellos momentos nos vió con ojos de

piedad; los españoles con los esfuerzos que hacian en la Península por conseguir la libertad, facilitaron la victoria á los que de esta parte del Océano peleaban por lograr la independencia. La revolucion de España, acaecida en 1820, sacó á los mexicanos del marasmo en que habian caido; y entonces la nacion amaestrada por la adversidad, desprendida de ciertas preocupaciones y reunida en una sola masa, dijo: *Soy soberana*, y lo fué al punto. Ese gran suceso, rematado el 27 de Setiembre de 1821, resolvió el primero de los dos problemas políticos de mayor interés para nosotros: la independencia.

La solucion del segundo problema quedó pendiente, y aun lo está todavía. *Ser libres, ó no serlo*; hé aquí la cuestion que nos agita despues de veintiun años. La conquista de la Independencia costó once de calamidades y de sacrificios: la conquista de la libertad nos cuesta ya casi doble tiempo de debates porfiados, de discordias civiles, y de choques á mano armada. ¿Será posible que por una fatalidad sin ejemplo, el pueblo mas dócil de la tierra, dueño del suelo mas privilegiado, y poseedor de cuantos elementos engrandecen á las naciones, esté condenado de por vida á la miseria, al infortunio y al vilipendio? ¡Ah! no, mil veces no: las leyes del mundo moral repugnan semejante anomalía: nuestras desgracias son facticias y transitorias, y nuestro estado de incertidumbre no es peculiar de los mexicanos.

Del último medio siglo á esta parte una grande ansiedad preocupa al género humano. El anhelo de mejora se ha vuelto una necesidad de la especie. Los adelantos en las ciencias, en las artes, en el mecanismo de la vida, y en los poderosos medios de progreso que los hombres han adquirido por una série dilatada de investigaciones, les hacen desear y con razon, una nueva manera de existir. El conato por la felicidad fué siempre propension de nuestro sér; y ese conato sofocado ó reprimido por la tiranía de los gobiernos, hoy se desarrolla irresistiblemente. Saber dirigir con tino esos impulsos, será saber constituir y gobernar á los hombres.

Si consultamos á la razon y á la esperiencia nos dirán, que al ascender los pueblos por la escala de la civilizacion, cons-

tantemente aspiran á conformar su ser político con los con-  
cimientos que han adquirido: de ahí nacen las tendencias del  
siglo hácia la libertad, y los deseos del progreso indefinido  
hácia la perfeccion social. En nuestra edad las naciones cul-  
tas han adoptado por sistema el régimen representativo, y  
por divisa *marchar para adelante sin pararse ni retroceder*,  
y el contrariar tales propensiones, será estrellarse contra las  
invencibles resistencias de la opinion: el modo mas acertado  
de regir á los hombres de la época, consiste en no embar-  
zar sus acciones cuando ellas derivan de intereses racionales  
que no pugnan con los de la comunidad, ni chocan con las  
leyes establecidas.

Si examinamos en la historia la conducta de las socieda-  
des antiguas, nada encontraremos comparable con la marcha  
de las sociedades modernas. Los hombres de antes alimen-  
tados de ilusiones, envilecidos por el despotismo, y exclavi-  
zados por la supersticion, encerraron su existencia política  
dentro de un círculo estrecho en el que permanecieron inertes  
innumerables años: los hombres de ahora, nacidos en un si-  
glo de realidades, ennoblecidos por la libertad, y emancipa-  
dos por la filosofia, se afanan, se agitan, y lo emprenden to-  
do para procurarse el bienestar social; siendo esos conatos  
por mejorar de situacion la causa que ha producido las últi-  
mas revoluciones en Europa y la que mantiene entre los his-  
pano-americanos esa inquietud febril, que no se calmará has-  
ta que se constituyan de una manera que cuadre con sus in-  
tereses, y que satisfaga sus necesidades.

Aplicada esta teórica á nuestra situacion particular, se  
comprenderá la injusticia de los que atribuyen nuestro des-  
concierto á defectos característicos, ó á vicios heredados de  
nuestros padres. Esos detractores, severos por zelo ó por  
envidia, se olvidan del precio á que las naciones antes esclava-  
vas y hoy libres en la Europa, compraron la libertad. Largos  
años de anarquía padeció la Inglaterra antes de acomodar  
sus instituciones al carácter nacional. La Francia ganó su  
actual prosperidad á costa de sacrificios inauditos. La Espa-  
ña va en pos de la libertad desde 1808 y aun no logra afian-  
zarla. La existencia política de Portugal es anómala. La si-

tuacion de la mayor parte de los Estados de Italia no es envi-  
diabile; pero desentendiéndose de estos hechos se nos zahie-  
re, y baja, ¿y por qué? ¡cosa rara! por encontrarnos envueltos  
en calamidades que todas las naciones han experimentado,  
cuando la suerte las colocó en circunstancias análogas.

¡Compatriotas! á nuestra actual generacion le tocó existir  
en el tiempo de la prueba; nuestros nietos disfrutarán de be-  
neficios que nosotros solo podemos vislumbrar: ¡vislumbrar!  
he dicho mal: México ocupará sin duda un lugar distinguido  
entre las naciones de primer orden: su influencia sobre los des-  
tinos de la América será prodigiosa; y todo su porvenir, con-  
siderados los elementos que posee, es ya á los ojos del hom-  
bre reflexivo tan sorprendente como magnífico. Este lison-  
jero vaticinio se cumplirá á pesar de los embarazos que  
oponga la ignorancia, ó de las intencionas que fragüe la ma-  
licia; y aun podia apresurarse la realidad del pronóstico, si el  
movimiento regenerativo de la nacion, se ejecutara conforme  
al prográma propuesto y ajustándole á la verdadera opinion  
pública.

Esa opinion, en medio de las revoluciones, jamas se ha es-  
traviado entre los mexicanos: ellos repetidas veces han dado  
pruebas de un tacto esquisito para juzgar de las diversas cri-  
sis que han sufrido, ellos concen que la América española  
desde su independecia, solo ha representado una ridícula  
parodia de libertad. Ellos no ignoran que la raza hispano-  
americana debe subordinarse al movimiento universal que  
conmueve á las sociedades. Ellos prevéen que esa raza está  
llamada por su misma importancia, á figurar en las grandes  
escenas del mundo político. Ellos comprenden la necesidad  
de resistir toda traba que se intente imponer á pueblos ávidos  
de una existencia desembarazada, y distinta de la humilla-  
cion colonial en que vivieron: y ellos, en fin, palpando las  
desdichas públicas, han hecho esfuerzos multiplicados por  
remediarlas: desgraciadamente esos esfuerzos fueron infruc-  
tuosos, ya porque los gobiernos anteriores nunca se elevaron  
á la altura de sus deberes y de las circunstancias; ya porque  
los caudillos de las revoluciones frecuentemente abusaron  
del poder que el triunfo puso en sus manos.